

per/versos

x Nicanoir Rimbaud



Los siguientes textos salieron a la luz en el año 2021 en el transcurso del taller de POESÍA MALDITA de Maxi Postay.

NR

«La poesía debe ser hecha por todos»
Conde de Lautréamont

Escrito y editado por Nicanoir Rimbaud
Impreso en Mendoza
Abril 2022
La propiedad intelectual no existe
Copie y distribuya
Las ideas se protegen compartiéndolas

Fantasías perversas de ayer y hoy

El día avanza por fuera del viejo edificio abandonado. Sus miserables muros guardan la sombra del recuerdo desdibujado por resacas de alcohol barato. La atmósfera interior: densa, húmeda, pesada. Un eco, un fantasma. La voz monótona de la profesora de inglés dando la lección, el aula en aquellos días de verano, la silla sudando súplicas y pajas aguantadas. La espalda bajo el yugo del tiempo y la obediencia debida. Miradas hostigadoras sobre mi nuca ardida en escaras. La voz monótona de la profesora de inglés dando la lección, una caminata lenta y penosa, detenida en el barro. Detenida en la última hora del calvario. El aire, ahogado, como incienso y mirra en la misa obligada de pascua. Ese humo espeso que penetra en los pulmones violando el tiempo de infancia. Nube de mosquitos incesantes sobre el hueso y el cuero. Herida abierta. Llagas sin sutura. La voz monótona de la profesora de inglés...

Distintas piezas clásicas danzan sobre el tocadiscos como anarquistas en un tablero de ajedrez. Allí. En el viejo patio circular, testigo de los recreos y los abusos.

Una visión insana se presenta, un paisaje deforme, la peor pesadilla. Pero yo soy el anfitrión de esta Ceremonia. Yo soy el ejecutor de esta orquesta desquiciada y salida de control. Yo soy el que se manchó las manos y tomó venganza con su fantasía más sacada. Yo soy el que relame el filo del cuchillo y las palabras y ve cantar de dolor a los gorriones en sus jaulas. Llantos descosidos y ahogados, lágrimas de plomo. Lágrimas mudas. Compiten en vano por ser oídas en el abismo. Un silencio de cobalto proyecta sombras tenebrosas entre las baldosas que ceden a la voraz vegetación.

El Ritual se ve entorpecido con algunos gruñidos y el frenesí de lenguas y muñecas mancas.

Muñecas contra cuerdas y nudos invencibles que sujetan a sus presas. Telaraña mortal. Zumbidos vertiginosos. Las moscas vuelan al compás de este concierto desquiciado, sopor de sangre y transpiración. Copulan frenéticas sobre las ventanas que tiritan vaporosas. Húmedas.

A veces la crueldad parece no ser suficiente para expiar el dolor propio.

Me gustaría ser gigante, darles fin con una lupa y los rayos ultravioleta condensado en un punto.

Gritos ciegos estallan volcánicos entre las columnas huecas de la academia. Una cortina de fotografías recién reveladas congelan el horror. Los encuadres son perfectos. El grito mudo se confundiría fácilmente con un grito de placer y orgasmo. Los ojos apretados como si estuvieran acabando. Pero no. Son fuentes de sangre, diques de vendas y suero intentando contener la imagen viva.

32 frascos descansan prolijamente rotulados con una lengua cada una. El beso de la cuerda y el abrazo de nudos anclados contra la piel dibujan la historia del forcejeo. Los dedos y sus restos en dominó para las hormigas rumiantes.

Sillas y mochilas se yerguen en una pira llamando combustible como la selva llama a la tormenta. Los gorriones tiritan en sus jaulas, falanges del bosque seco.

Yo afilo mis dientes y uñas. Soy un cocodrilo con el hambre que pide más. Restos desplumados flotan sin sueño sobre el gran charco rojo.

El sudor surca frenético mi frente como el fuego el arado, la alfombra carmesí me repite la imagen antes de prender la gran pira.

Sobre la mesa vencida del fondo descansan tijeras, cuchillos, botellas y más botellas de sedantes, cómplices de la silenciosa mutilación que acababa de realizarle a mis viejos compañeros de secundaria, mis cautivadores compañeros.

Tras la huella biselada del tigre

Camino o levito. No importa. Avanzo por calles sin mapa. Deambulo perdido por escalones humeantes. Soy un fantasma entre subsuelos y atajos. Las constelaciones muertas y la brújula de mi reloj de bolsillo me guían por el filo de los minutos, las palabras y sus callejones bucólicos.

La ciudad se me presenta a través del circo de los sentidos, rapsodia que estalla en esquirlas ante mis ojos. Algunos caminan con la mirada perdida en sus celulares, necios como el caballo bajo el peso de sus anteojeras. Otros tienen los pies anclados a la rutina y repiten el mismo transcurrir. El reflejo muerto, los charcos y las vidrieras les devuelven un rostro repugnante y ajeno. La realidad es un rebaño degollado.

Viajo por este bosque de bulevares que abre sus ventanales a la noche.

Está prohibido pisar el pasto en las plazas pero no cabezas en las escuelas. Las imágenes se suceden como en una película acelerada de atardeceres sobre la ciudad o flores que se abren a la Luna.

Una galería de graffitis inconclusos y panfletos rancios revisten la avenida. Huele a pantano

de política estancada y dedicatorias póstumas. Columnas de humo suben espesas y opacas. Todas sostienen de alguna forma la farsa del cielo. Los faroles extienden su alfombra dorada sobre las penumbras, los semáforos se pestañean en silencio.

No habrá nadie que detenga esta caminata afiebrada. El loco nació en la noche y durmió con los perros.

Mi nariz surca mares espesos de fragancias frescas, la noche orgiástica penetra en mi piel como el narval atraviesa el océano. Así avanzo voraz por estos laberintos. Laberintos de pasillos y corredores, manjares para el ojo atento y los pies inquisitivos. Devoro el perfume de la calle. Las hojas crujientes entre teselados de adoquines. La suciedad es el hollín de la civilización. Las telarañas suspendidas se mueven con devoción a la lágrima que no cae. El columpio de la plaza detenido junto al péndulo de los primeros soles. En las esquinas cuelgan pesados cables negros entre cables negros. El cielo se mece titilante en la ingravidez.

La historia huele a sangre lavada y la venden con fascículos agotados.

Las baldosas sostienen inútilmente carteles de Pare y yo sigo caminando. Las vidrieras mal iluminadas y las trampa pantallas, enemigas declaradas del ocioso, desvían la mirada atrapando el ojo como la miel atrapa la mosca. Como la mosca con sus ochenta ojos atrapa al sapo. Como el sapo atrapa con su lengua la labia lívida. Como el diccionario atrapa a las palabras. Un libro es una Molotov o un ataúd.

El árbol con memoria mueve más el piso que la marcha ahuecada de los madrugadores. ¿Quién escribirá sobre el olvido?

Contemplación o la puerta abierta

Un carolíneo formidable levanta con sus raíces de gargantúa los barrotes de jaula de hormigón. Desquiciado crece con bravura, silencioso, cómplice de la acequia. Revienta la tiranía del asfalto como un delicado escultor de mármol. Se hunde pacientemente con sus raíces crueles y musculosas. Lo elevan con la fuerza del barco que sube la montaña. Erigen el último bastión. Las raíces rumiantes corrompen la torre junto al musgo roedor. Su follaje son los dientes de un tiburón. Durante el día devoran los rayos de Apolo Y pretencioso persigue arrancar una porción de cielo raso con sus ramas de mil garras. Su tronco equilibrista estudia la mejor inclinación para satisfacer esa búsqueda hambrienta. Así es que se apuntala sobre su sombra. Erecto. Sus ojos abiertos, sus hojas camufladas (latiendo savia, paneles solares, fábrica viva) ahora duermen con ternura bajo el silbido de la luna. Sus hojas sienten la brisa, un silbido de violines. Es el viento que las acaricia, húmedo y delicado, como el beso en la cuna.

Chernobyl es un bosque nuclear con árboles radiantes.

El destello tenue de la danza de los faroles atrae
a los mosquitos que se revientan en franco frenesí.
Arden en este baile, los párpados se cierran y el
fuego se abre con sus lenguas bailarinas.



